



La Santa Sede

ESTACIÓN CUARESMAL PRESIDIDA POR EL SANTO PADRE
EN LA BASÍLICA DE SANTA SABINA DE ROMA

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Miércoles de Ceniza, 13 de febrero de 2002

1. *"Rasgad vuestro corazón, no vuestras vestiduras: convertíos al Señor Dios vuestro; porque es compasivo y misericordioso" (Jl 2, 13).*

Con estas palabras del profeta Joel, la liturgia de hoy nos introduce en la Cuaresma. Nos indica que la *conversión del corazón* es la dimensión fundamental del singular tiempo de gracia que nos disponemos a vivir. Sugiere, asimismo, la motivación profunda que nos impulsa a reanudar el camino hacia Dios: es la conciencia recuperada de que *el Señor es misericordioso* y de que todo hombre es un hijo amado por él y llamado a la conversión.

Con gran riqueza de símbolos, el texto profético recién proclamado recuerda que el compromiso espiritual ha de traducirse en opciones y en gestos concretos; que la auténtica conversión no debe reducirse a formas exteriores o a vagos propósitos, sino que exige la implicación y la transformación de toda la existencia.

La exhortación "convertíos al Señor Dios vuestro" implica el desprendimiento de lo que nos mantiene alejados de él. Este desprendimiento constituye el punto de partida necesario para restablecer con Dios la alianza rota a causa del pecado.

2. "En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios" (2 Co 5, 20). La apremiante invitación a la reconciliación con Dios está presente también en el pasaje de la segunda carta a los Corintios, que acabamos de escuchar

La referencia a Cristo, que se halla en el centro de toda la argumentación, sugiere que en él se da

al pecador la posibilidad de *una auténtica reconciliación*. En efecto, "al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios" (2 Co 5, 21). Sólo Cristo puede transformar la situación de pecado en situación de gracia.

Sólo él puede convertir en "momento favorable" los tiempos de una humanidad inmersa y dañada por el pecado, turbada por las divisiones y el odio. En efecto, "él es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos uno solo, derribando el muro que los separaba: el odio. (...) Reconcilió con Dios a los dos pueblos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz" (Ef 2, 14. 16).

¡Este es el momento favorable! Un momento ofrecido también a nosotros, que hoy emprendemos con espíritu penitente el austero camino cuaresmal.

3. "Convertíos a mí de todo corazón: con ayuno, con llanto, con luto" (Jl 2, 12).

La liturgia del miércoles de Ceniza, por boca del profeta Joel, exhorta a la conversión a ancianos, mujeres, hombres maduros, jóvenes y niños. *Todos debemos pedir perdón al Señor por nosotros y por los demás* (cf. Jl 2, 16-17).

Amadísimos hermanos y hermanas, siguiendo la tradición de las estaciones cuaresmales, estamos hoy reunidos aquí, en *la antigua basílica de Santa Sabina*, para responder a esa apremiante exhortación. También nosotros, como los contemporáneos del profeta, tenemos ante los ojos y llevamos grabadas en el corazón imágenes de sufrimientos y de enormes tragedias, a menudo fruto del egoísmo irresponsable. También nosotros sentimos el peso del desconcierto de numerosos hombres y mujeres ante el dolor de los inocentes y las contradicciones de la humanidad actual.

Necesitamos la ayuda del Señor para recuperar la confianza y la alegría de la vida. Debemos volver a él, que nos abre hoy la puerta de su corazón, rico en bondad y misericordia.

4. En el centro de atención de esta celebración litúrgica hay *un gesto simbólico*, ilustrado oportunamente por las palabras que lo acompañan. Es *la imposición de la ceniza*, cuyo significado, que evoca con fuerza la condición humana, queda destacado en la *primera fórmula* del rito: "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás" (cf. Gn 3, 19). Estas palabras, tomadas del libro del Génesis, recuerdan la caducidad de la existencia e invitan a considerar la vanidad de todo proyecto terreno, cuando el hombre no funda su esperanza en el Señor. La *segunda fórmula* que prevé el rito: "Convertíos y creed el Evangelio" (Mt 1, 15) subraya cuál es la condición indispensable para avanzar por la senda de la vida cristiana: se requieren un cambio interior real y la adhesión confiada en la palabra de Cristo.

Por tanto, la liturgia de hoy puede considerarse, en cierto modo, como una "liturgia de muerte", que remite al Viernes santo, en el que el rito actual alcanza su realización plena. En efecto, en

Cristo, que "se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz" (*Flp* 2, 8), también nosotros debemos morir a nosotros mismos para renacer a la vida eterna.

5. Escuchemos la invitación que el Señor nos hace a través de los gestos y las palabras, intensas y austeras, de la liturgia de este miércoles de Ceniza. Acojámosla con la actitud humilde y confiada que nos propone el salmista: "Contra ti, contra ti solo pequé; cometí la maldad que aborreces". Y también: "Oh Dios, crea en mí un corazón puro; renuévame por dentro con espíritu firme..." (cf. *Sal* 50).

Ojalá que el tiempo cuaresmal sea para todos una renovada experiencia de conversión y de profunda reconciliación con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos. Nos lo obtenga la Virgen de los Dolores, a la que, a lo largo del camino cuaresmal, contemplamos unida al sufrimiento y a la pasión redentora de su Hijo.